

# Proyecto que proyecta

María Gabriela Garrett Ríos\*

**E**n 2001 comencé a trabajar en el proyecto Etnografía de las Regiones Indígenas de México en el Nuevo Milenio, adscrita al equipo de Hidalgo. En esta década y fracción hemos desarrollado líneas de investigación como identidad y relaciones interétnicas, diversidad religiosa, migración, procesos rituales, chamanismo y nahualismo, patrimonio biocultural y procesos socioambientales. Gracias a que se han abordado tan variadas temáticas, los investigadores adscritos al mismo hemos tenido la oportunidad de adentrarnos en la vida de las comunidades y sus dinámicas, las relaciones asimétricas con el Estado, las transformaciones amplias que inciden en las relaciones sociales, el pensamiento, los valores, la economía, los sentimientos y los territorios indígenas. Quienes hemos participado en este proceso de investigación etnográfica ganamos experiencia y cambiamos muchas concepciones previas, pero no sólo a consecuencia de una evolución “natural” en la metodología de investigación, pues también aprendimos otro sentido a las acciones de involucrarse y comprometerse.

A final de cuentas, los problemas que enfrentamos unos –principalmente quienes estamos bajo el rubro de salarios compactados– y otros no son tan distintos si los contemplamos desde el punto de vista global: la presencia amenazante de las políticas neoliberales. Mientras los pueblos ven amenazados sus recursos y la cohesión interna, los investigadores debemos encontrar fuentes complementarias de ingreso y pelear en forma constante por las mínimas prestaciones a las que tenemos derecho por ley. En otras palabras, compartimos la injusticia social y económica del sistema.

Desde una perspectiva positiva, puedo afirmar que, a pesar de los recursos limitados y el visible deterioro de nuestra capacidad adquisitiva, los investigadores del proyecto permanecemos en él por un acto de amor. Nuestra tarea es apasionante en muchos sentidos. Los coordinadores de línea organizan seminarios de investigación, procurando que los ponentes sean de altísima calidad y de diversas disciplinas. En esos seminarios intercambiamos puntos de vista, aclaramos dudas, generamos o afinamos nuestras hipótesis de investigación y, en general, obtenemos retroalimentación. Tenemos acceso a una bibliografía amplia y de vanguardia, sugerida por los propios ponentes y los coordinadores académicos, enriquecida también por los investigadores por medio de sus propias inquietudes. Se nos apoya para participar en foros, congresos, simposios, publicaciones, exposiciones, documentales y lo que en el caló interno llamamos “productos paralelos”.

En estos años ha sido enorme la producción del proyecto y ha puesto el nombre del INAH a la vanguardia en la investigación etnográfica en nuestro país. Asimismo, ha sido fuente de ela-

\* Universidad Veracruzana (gabgarr@hotmail.com).

boración de numerosas tesis de licenciatura, maestría y doctorado. Algunas de ellas han obtenido premios y distinciones, y se han convertido en libros, publicados por el propio INAH u otra editorial. Y, bueno, la tesis es la cristalización del trabajo del alumno, pero también la muestra patente del proceso formativo de los investigadores. En la actualidad casi todos los veteranos del proyecto cuentan con el grado de maestría o doctorado. En mi caso, ingresé como pasante de licenciatura y ahora tengo el doctorado terminado. Tanto la tesis de licenciatura como la del doctorado se desarrollaron de manera conjunta con los temas del proyecto, pero con mis inquietudes académicas como eje.

Además de lo estrictamente académico, el proyecto ha evolucionado en la manera de hacer antropología. Pese a haberse presentado algunas resistencias en relación con las líneas de investigación "Patrimonio biocultural" y "Procesos socioambientales", ha crecido la preocupación por parte de los investigadores de llevar a cabo un trabajo más participativo. Esto implica desde la devolución de los saberes –en forma de diagnósticos, videos, libros y talleres, entre otros– hasta la gestión y el activismo abierto con miras a denunciar abusos, conflictos, despojos, injusticias e intervenciones por parte del gobierno o empresas en los territorios indígenas. Esta parte ha puesto el dedo en el renglón sobre cuáles deben ser los alcances de una disciplina como la antropología, si debemos coadyuvar a la solución de los problemas o ser meros observadores y circunscribirnos a lo meramente académico. En este sentido, un trabajo nunca es objetivo, y los más conservadores dirían que la publicación ya es una manera de participar.

Lo cierto es que la presencia del antropólogo tampoco es neutral en las comunidades. En mi opinión, la devolución de los saberes es una acción ética y necesaria. No obstante, las consecuencias son imprevisibles, como nos ocurrió hace algunos años. En 2010 organizamos una exposición fotográfica en la cabecera municipal de San Bartolo Tutotepec. El tema principal fue la peregrinación hacia un lugar sagrado enclavado en la sierra Otomí-Tepehua y se concibió como una estrategia para dar a conocer "la importancia" del lugar entre los jóvenes otomíes e invitarlos a involucrarse en las actividades rituales de su comunidad. La iniciativa nació por sugerencia de las organizadoras de la peregrinación, quienes esperaban que les devolviéramos la invitación con un documental por televisión. Como aquello quedaba fuera de nuestro alcance, les propusi-

mos una exposición para la comunidad y las animamos a participar en la elaboración del material.

Los antropólogos pusimos las fotos, ellas las seleccionaron y elaboraron el contenido de las cédulas en español y yuhú. La Coordinación Nacional de Antropología puso el dinero para imprimir los materiales. El ayuntamiento de San Bartolo Tutotepec aportó las mamparas, toldos y materiales diversos, en tanto que la CDI se encargó de la difusión. Fue un trabajo arduo entre los antropólogos que participamos: David Pérez, del equipo de Hidalgo, además de Daniela Huber y Danny Maessig. La comunidad de Pie del Cerro puso la comida para el día de la inauguración. La inauguración resultó concurrida. Acudieron muchas personas de la comunidad y de la cabecera municipal. Los ancianos le "bailaron" a algunas fotos –contenían imágenes antiguas– y en general fue un día de celebración. Llevamos la exposición al Museo de la Memoria en Tlaxcala y poco después a la UNAM.

Meses después, cuando hacíamos trabajo de campo, nos encontramos a una de las organizadoras y persona clave del proceso. Nos comentó con cierta molestia que, a consecuencia de la exposición, había ido gente al santuario que no pertenecía a la región y corrían rumores de que lo habían saqueado. Además, tenían noticia de que alguien había llevado a arqueólogos del INAH a excavar. Nos dimos a la tarea de investigar y resultó que, en efecto, se había llevado a cabo un reconocimiento por parte del INAH, con la autorización del ayuntamiento y del dueño del terreno. Sin embargo, no se notificó a la población. Arqueólogos y gente de la comunidad se pusieron en contacto y al parecer las cosas se aclararon. No obstante, a los antropólogos que estuvimos involucrados de modo indirecto nos quedó la sensación de haber creado un pequeño gólem. Quisimos ser recíprocos con la comunidad y resultó que nuestra acción fue malinterpretada. Quizá debimos prever el abanico de consecuencias de exponer imágenes de un sitio patrimonial que había permanecido casi incólume ante la presencia del exterior.

Resulta muy discutible si nuestra exposición fue la que desató esa ola intervencionista, pero la reflexión que arroja este incidente gira en torno al "deber ser" de la antropología. Quienes deseamos construir relaciones dialógicas y promover un quehacer más participativo, muchas veces nos topamos con puentes rotos. Siglos de intervención, colonización y neocolonización física e ideológica contra los pueblos indios fueron la argamasa que a lo largo del tiempo levantó el muro del rencor y la desconfianza.

No obstante, la antropología mexicana es ahora una disciplina fundamental para resarcir esta deuda histórica y dar voz a aquellos que exigen que se respeten sus territorios, recursos, costumbres y patrimonio. A mi manera de ver, el proyecto de etnografía ha tomado el curso hacia una senda más comprometida, pro-

ducto de una autorreflexión y una necesidad urgente de hacer un frente común contra la irracionalidad del capital. Sin duda alguna, a lo largo de estos 15 años el proyecto ha constituido un espacio privilegiado y necesario para el conocimiento y la acción de los pueblos indios de México.



Ya están tiernitos los elotes; ahora hay que dar las gracias con el yúmarí. Campo de siembra de maíz, comunidad o'ob de Yepáchic, Chihuahua, 2009 **Fotografía** © Roberto Ramírez